

La epopeya de la clausura

Notas didácticas sobre la crítica

Christopher Domínguez Michael

Una de las actividades más comunes en la vida del crítico literario es explicar qué es y sobre todo qué no es la crítica. Hace años escribí estas notas y las publiqué en el desaparecido suplemento “El Ángel” de *Reforma*. Reescritas, las publico, pues un curso reciente en San Luis Potosí me recordó la recurrente urgencia de la deontología en el trabajo del crítico.

1. La función esencial de la crítica no es recomendar lecturas ni mucho menos calificarlas con una, dos o tres estrellitas, en una reseña periodística de extensión breve. La reseña es sólo un género y puede practicarse genialmente (como lo hizo el joven Borges) o de una manera totalmente mendaz e intrascendente como ocurre en la mayoría de las publicaciones del planeta. Muchos de los grandes críticos han sido, a la vez, reseñistas fabulosos, como V. S. Pritchett o como Cyril Connolly, pero en el caso de ellos, por ejemplo, no siempre les “recomendaban” a sus lectores, con frecuencia tan cultos e inteligentes como ellos, una novela o un libro de poemas.

Frecuentemente el crítico reseñista tan sólo medita en público sobre una obra: la comenta, la enmienda, la relee, la condena. Y es común que muchos críticos se nieguen a hablar de obras que no les entusiasman: les parece una pérdida de tiempo. No es mi caso porque creo que el crítico tiene obligaciones morales (en el sentido literario de la palabra *moralismo*) con sus lectores.

2. La crítica literaria es una esfera de la literatura; en primer término, porque se expresa con el mismo instrumento que lo criticado. El crítico de cine habitualmente no filma para criticar ni el crítico de danza baila para criticar, mientras que



George Steiner



Cyril Connolly

el crítico escribe. En segundo término, la creación artística se enfrenta al pensamiento, es un cruce de caminos entre la literatura y la política... A veces la crítica se relaciona más con la historia literaria (ejemplo: *El alma romántica y el sueño*, de Albert Béguin), a veces la crítica se mide con la teoría de la expresión y del lenguaje (los casos de Roland Barthes, de William Empson, de Bajtin) y en otros es la medi-

tación libre, ensayística, del crítico: en el caso de Connolly, en el de Samuel Butler. La crítica es también una disciplina académica, una ciencia de profesores, como lo ilustran actualmente grandes profesores como Harold Bloom o George Steiner. Definir la crítica es tan arduo como definir la poesía. Desde Aristófanes hay crítica. La crítica expresada en reseñas periodísticas destinadas al público que compra libros

es más reciente: del siglo XIX y la funda Sainte-Beuve.

3. La principal obligación del crítico, hablando idealmente, es garantizar la vitalidad y la circulación del canon. El canon no es otra cosa que la biblioteca ideal que ese lector de lectores que es el crítico invita a frecuentar a sus contemporáneos. Y la buena biblioteca es, generalmente, una necrópolis. El crítico debe ocuparse de los vivos y de los muertos pero más de los muertos que de los vivos.

4. Las obras canónicas son aquellas que, justamente, ratifican su validez gra-

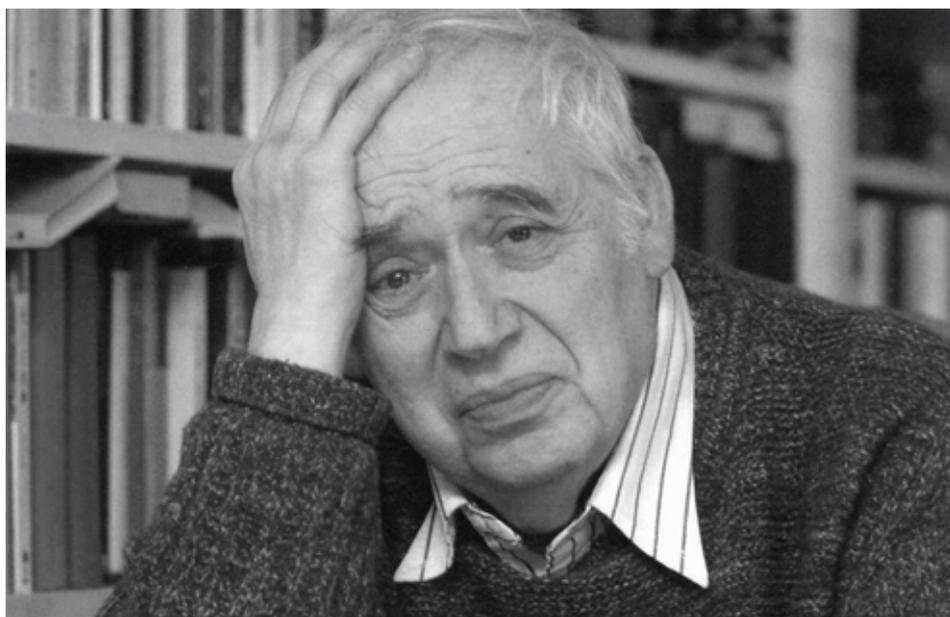
cias a la aprobación de generaciones y generaciones de lectores. Homero, la *Biblia*, los trágicos, Shakespeare, etcétera, son clásicos porque han gustado a los lectores durante mucho tiempo, pero ese gusto ha ido cambiando en cada generación y varía muchísimo en cada lector. Es sabido que el *Quijote*, por ejemplo, gustaba en el siglo XVII por razones distintas a las que apreciaba Unamuno a principios del XX y diferentes a las nuestras. Trazar esa historia del gusto y averiguar sus motivaciones es una de las misiones de la crítica.

5. La crítica a veces es capital en el destino de un libro, pero ese destino depende de numerosas causas históricas, políticas, biográficas... Por ejemplo, a los críticos franceses del XVIII lo que les gustaba (Voltaire incluido) de Voltaire era el teatro, elección que es incomprensible en el XXI, de igual forma que el teatro de Shakespeare tuvo en Voltaire a un enemigo tenaz.

Hay autores ignorados que muy rápidamente retoman su lugar: las pocas personas que se enteraron de los poemas de Rimbaud supieron de inmediato que la inmediata posteridad se le rendiría. Fue cosa de esperar. Otras obras se imponen trabajosamente en el gusto: el caso más célebre es *Stendhal*, quien aguardó —y hubo de profetizarlo— medio siglo. Otros, como Kafka, sólo esperaron una década. Son notorios, también, los casos de escritores endiosados en vida y luego menospreciados: Anatole France, Hemingway.

6. ¿La crítica es una potencia en segundo grado? No es lo mismo la *Divina Comedia* que un comentario de la *Divina Comedia*. La biblioteca no se compone de textos indiferenciados, como lo pretendían algunos de los postestructuralistas, el deconstruccionismo, por ejemplo. Pero la crítica como oficio debe aspirar a escribirse de manera tan excepcional como las obras que comenta. La autoridad de Octavio Paz y Tomás Segovia como críticos, por ejemplo, no sólo se nutre de su inteligencia, sino de la belleza de su prosa como suele ser la de los poetas. Y el siglo XX fue el siglo de los poetas críticos, como Eliot, Valéry o Lezama Lima.

7. La importancia de un crítico no está en haber ganado en las carreras de caballos, sino en haber ido todas las tardes al hipódromo a apostar. El crítico siempre dice que la posteridad lo olvidará (lo dice Marcel Reich-Ranicki en *Los abogados de la literatura*), pero creo que un comentario de ese tipo sólo es vanidad invertida... La pertinencia de un crítico está en dejar (a veces sobre la mesa, a veces enterrado) el mapa que permita llegar a la comprensión de una época o al corazón de un buen libro. El crítico ni diagnostica ni cura: no es un médico. Su autoridad dimana del aprecio o respeto que sus lectores tienen por su opinión. **u**



Harold Bloom



Roland Barthes